

ODONTOIATRIA

Revista Ibero-Americana de Medicina de la Boce

Dirección; Miguel Sáenz de Pipaón y Tejada D. D. S.

de la Asociación de Prensa Médica Española



M A D R I D

Jorge Juan, 39

Editorial

Número 173 (5)

1958

LA PSICOLOGIA DEL NIÑO EN EL SILLON DENTAL

136.7:615.314

Como siempre que nos llega a nuestra Redacción un trabajo interesante—ahora el de nuestro asiduo colaborador Eulate—hace vibrar en nosotros nuestros ya viejos sentimientos vocacionales, y nos lanza materialmente sobre la escritura mecánica para glósarlo pergueñando unas líneas que acompañen cariñosamente a nuestros estimados colaboradores.

Desde el punto de vista psicológico, el odontólogo que asiste profesionalmente a un niño no puede sentirse ajeno a su circunstancia anímica, verdad aceptada clínica y científicamente por la medicina psicosomática, a la que la misma odontología—en cualquiera de sus especializaciones—no puede sentirse ajena.

Así, y sin llegar a la patología, hemos de oír los criterios y opiniones del psiquiatra y del pedagogo, estimular los nobles deseos de los padres, cuando ávidos de conocimientos, para orientar a sus hijos. Y en estas múltiples posibles ocasiones, cuando el odontólogo que trata las enfermedades dentales de los padres actuales o en potencia, puede brindar sus consejos y abundar en la propaganda de sus conocimientos especiales. ¡No le resultarán baldíos ni al propio odontólogo! La aureola de hombre «de estudios» y preparado—que corresponderá a una efectiva realidad—no hay duda que tarde o temprano se dejará traducir en las cuentas del haber...

La psicología del niño, incomprensida por tantos en su fantasía, como podría decir Anatole France, es reflejo constante de su instinto, y proyección externa de su vida psíquica o anímica. Desde que el niño lanza su primer grito corresponde éste a reacciones psico-somáticas. El estudio pues, de todas estas reacciones exteriorizadas y su sistematización, podrían darnos alguna luz sobre su relación psíquica. Así la austriaca Buhler y el ruso Bechterew han profundizado sobre este tema valiéndose de la cinta cinematográfica, mientras observadores atentos (Balint) escucharon sus almas desde el mismo cuarto de juego (Lebrón).

Sobre de que si el instinto sexual está ya presente en esa hora y se expresa con el común acto de chuparse el pulgar, no es tema que ahora pretendamos abordar, máxime cuando de manera tan magistral lo hizo ya en nuestras páginas nuestro colaborador A. Suils («Odtría.», III, 573, 1946). Digamos, sin embargo de pasada que coincidimos con este autor cuando dice que «mamar y chuparse el dedo son actos que requieren la misma actividad muscular y neural, pero de una realidad psíquica bien diferente». Coinciden sí en un fondo similar nervioso, pero de ahí a sacar—y sobre todo poder llegar a sacar—conclusiones de tal índole nos parece, también a nosotros, de poca solidez científica. Nosotros que fuimos detractores del chupete, por ejemplo, hoy lo consideramos, convenientemente graduado, útil y provechoso. Es posible que algún día tratemos del caso.

Pero—sigamos—si bien estas reacciones son posibles captarlas, mucho más difícil resulta el interpretarlas, ya que no podemos desdeñar la propia circunstancia psíquica del mismo observador o analizador. Circunstancia que, como en todos, más que por los «traumas psíquicos» que pueda deducir en la infancia de los demás (?), estará patente e insidioso, impalpable, el propio ambiente en que pudo haber vivido el mismo observador, lo que es poner sobre el tapete la pura esencia del criticismo, para reconocer primero hasta qué punto puede llegar nuestro entendimiento en la investigación de la verdad.

No nos interesan, pues, tanto, desde el punto de vista psicológico, la explicación de estas manifestaciones psico-somáticas del primer infante, al menos hasta que comienza a balbucear las primeras palabras, época en la que deberá evitarse desarrollar ante el niño escenas que no le puedan ser en cualquier momento explicadas, ni pronunciar palabras que pueda temerse sean oídas, porque, interpretadas o nó en el momento, pueden un día causar el impacto ingrato. Si bien para ello se necesite la condición de insistencia, objetividad y periodicidad, a la manera de la gota de agua que horada la roca con su monótono y sempiterno caer...

Y entonces sí, si es posible que los microtraumas—para el infante, su vida cotidiana es un continuo microtrauma—vaya buscando la caracterología del niño, para su posterior formación.

Por eso todas las imágenes que pasen ante el niño han de poder ser explicadas a su inteligencia, es decir, que la verdad le ha de ser siempre dicha, pero no de manera fría y escueta, sino que es imprescindible rodearla de la fantasía, que la hará asimilable al alma del niño. La verdad exige muchas más precauciones que la mentira, pero ella nos conduce a un lugar seguro, mientras que la mentira que sería el atajo—como diría Sánchez Silva—de nuestra comodidad, egoísmo o ignorancia (para tratar de estos temas con nuestros hijos), no conduciría a a ninguna parte o a esa otra peor de abandonar la mente del niño a un posible lugar en que desde allí le lleve, en su día, a circunstancias irremediabiles.

No es una decepción la que le llega a su alma—como creen algunos—al saber, ya dentro del enjambre del colegio, que aquellos mitos de los

Reyes Magos o más tarde el de la cigüeña, eran puras falacias, porque si su alma ha ido formándose seria, virilmente, podríamos oír un día decir: ¡«Qué pena, papá, que estas amables fantasías no sean realidad!» Y para que la vida, la suya, sea pura fantasía, trabaja el niño, hecho ahora muchacho, para ser luego hombre. No aceptamos, pues, que estas «desilusiones» al derrumbarse produzcan rebeldías. Porque no se derrumban, se deshacen lentamente. Lo que da lugar a la rebeldía no es la ilusión rota, sino la mantenida desordenadamente fuera de tiempo y lugar. He aquí la obligación del padre, maestro, sacerdote o médico, la de no mantener los mitos fuera de su cronología.

Si al niño se le abandona a su circunstancia, siempre es posible la formación de un complejo torpe. Si la reconvención de los padres, maestros, sacerdotes o médicos, está fuera de toda humanidad, desprovista de comprensión, discrónica diríamos, y es desproporcionada y trascendente, llamará la atención, fijará hipertróficamente en su cerebro una imagen que evidentemente puede herir su psiquis. En resumen, que en este aspecto, como en tantos, será la falta de sinceridad, naturalidad y orden la que dará lugar, en la psiquis infantil propensa, a tardías aberraciones de la conciencia.

Por eso, cuando un niño, sea cual fuere, llega a nuestra consulta, lo primero que debemos hacer es producirnos nosotros mismos con toda naturalidad. Conceder al niño su personalidad ya, por parte de los padres, recompensas por someterse a un acto tan de su obligación como cualquier otro de su diario o periódico quehacer. Si el niño siente en ocasiones un lógico temor, temor al dolor, éste está preparado psicológicamente o por los padres, o por los propios odontólogos, que trataron sin consideración alguna a niños, niños que pueden encontrarse entre los camaradas de nuestro cliente de hoy o de mañana.

No coincidimos, pues, con algunos autores, algunos de ellos psiquiatras, cuando llegan a recomendar la anestesia por gas en las intervenciones odontológicas, a la que tan dados son o eran los americanos, con evidente error para nuestro criterio, pues ante un odontólogo preparado, jamás se puede causar al niño ninguna «neurosis traumática», pues si bien es cierto que en «sujetos predispuestos con taras familiares y psiquismo feble y exaltado», los cuidados y atenciones de ser más exquisitos, científica y técnicamente, aún en intervenciones de mayor efecto, como la amigdalectomía, la preparación psicológica y la mejor técnica quirúrgica harán resolver el caso con el mínimo o ningún efecto traumatizante psíquico.

Decíamos que no éramos partidarios de la anestesia por gas o narcosis general en el niño, por considerar además que no es solución para evitar el traumatismo psíquico, porque si, ciertamente, puede evitarlo con respecto a la avulsión dentaria, lo produce o puede producir más grave con respecto a la propia narcosis y a sus consecuencias, y en mayor porcentaje posible que con la infiltración local y circunscrita.

Captemos la confianza del niño interesándonos por sus problemas,

preguntémosle, y preguntémosle contestándonos nosotros mismos si al principio rehuye el niño las contestaciones.

Es inútil pretender dominar al niño con ademanes autoritarios—si en el hogar son algunas veces imprescindibles, debe recurrirse a ellos el menor número de veces y, en cualquier caso, ampliamente compensados con las demostraciones de cariño—, ni tampoco con la actitud contraria de abandonarle a su propia iniciativa, con la que se nos ofrecerá un niño discolo y maleducado (al que jamás debemos expresar nuestro disgusto por su mala educación, sino disculparle e insinuarle suavemente la indicación, por que en verdad que cualquier otra misión corresponde a los padres y no a nosotros). Todo lo más que podemos hacer es, si encontramos momento psicológico para ello, es advertírselo a sus progenitores de su responsabilidad.

Esta circunstancia de niño discolo se da, con alguna frecuencia, en niños tras una convalecencia larga. Pero esta situación o «impasse» se puede resolver llegando a su inteligencia al decirle que un día u otro, pero inmediato, habrá que hacer lo que se pretende hoy, el hacerlo pronto puede suponer el ahorro de mayores males... Si el niño se niega así, sólo es por temor al dolor, y de ser así, ya Eulate indica la conducta a seguir. Conducta que, sin excepción, tiene su éxito. Claro que jamás consentiremos a los padres o acompañantes que estén a la vista o al oído del paciente, por cuanto menos emplear ni autorizar violencia alguna, nuestra técnica es de resultados un poco más alejados, pero mucho más seguros y amables, y en consecuencia más prácticos para nuestros pequeños y para nosotros mismos.

Para la asistencia de la consulta infantil se ha de preferir las horas de la mañana. Lo mismo el profesional que el niño, en estas horas siguientes al descanso nocturno, se encuentran en mejor situación para afrontar las situaciones más extraordinarias.

El ambiente que respire el niño al entrar en la consulta odontológica deberá inspirarle confianza, siendo alegre y no tétrico, consulta en la que abunden lecturas especiales para los chicos, los clásicos «tebeos» (comics, en inglés), todo dirigido por una enfermera joven, muy joven, que llame a cada uno por su nombre y retenga de un día para otro sus aficiones.

El lenguaje que empleemos procurará llegar a ellos, pero sin concesiones a la ridiculez y menos a la payasada, que si bien puede hacer reír al niño, nos hace perder ante él mismo el respeto y estimación.

Todo esto puede realizarlo el práctico general sin tener por ello motivo de considerarse especialista odonto-paidólogo, y cuando todos o la mayoría de los graduados sean de ello capaces, habremos llegado a preparar la sólida base que se necesita para que un día florezcan también en nuestra Patria los colegas que puedan limitar productivamente su ejercicio profesional a la odontología infantil.

NECROLOGIA

EL PAPA PIO XII, CONSEJERO DE ODONTOLOGIA

El Papa Pío XII acaba de morir en Castelgandolfo. Todavía parece le oímos en Roma, con ocasión de nuestro último XII Congreso Internacional, celebrado en la Ciudad Eterna a primeros de septiembre del pasado año.

«Nos complace señalar—dijo, entre otras cosas, en aquella ocasión—una de las más felices consecuencias del desarrollo universal de las disciplinas médicas: la interdependencia de las partes del organismo, que de manera tan llamativa se pone de manifiesto en la región bucal. Se ha comprobado que las estructuras y el estado de la cavidad oral influyen, y a veces de manera decisiva, sobre la salud física, nerviosa e incluso mental del individuo, traducidas a una mala oclusión, la masticación, la respiración o la palabra.

»Una prevención fijada puede, por lo tanto, comenzar por cuidar a la madre antes del nacimiento del hijo. En lo que concierne a éste, hará que haya que considerar las estructuras palatales y la lengua, lo que corresponde a la necesidad del niño de realizar desde sus primeros días un trabajo de deglución.

»La corrección de todos los defectos orales puede dar lugar a modificaciones favorables del carácter y fortalecimiento de la voluntad, tarea tan delicada de los padres para formar armoniosamente la personalidad de los hijos.

»Se sabe muy bien, por ejemplo, que antes de proceder a la obturación dentaria se ha de preparar cuidadosamente la cavidad del diente, sus bordes y ángulos, que retengan la obturación e impidan la penetración de infiltraciones.

»Si, pues, el profesional no tiene la maestría y la conciencia profesional suficiente, se verá tentado de hacer las cosas a la ligera o incluso renunciar a la solución más racional, buscando la forma de sustituirla por otra más fácil de confeccionar, pero más costosa y quizás menos indicada desde el punto de vista técnico y médico.

»La actitud del niño ante el dentista determinará casi siempre los reflejos del adulto. Si gracias al juicioso concurso se presenta uno al niño como un amigo, es probable que vuelva a consultarle siempre que la necesidad o la prudencia se lo aconseje a los padres.

»Las leyes del mundo biológico son, a pesar de su complejidad, relativamente sencillas y fáciles de formular si se las compara con las leyes psicológicas y sociales que rigen al hombre en el plano espiritual. El espíritu encarnado se define cada día con mayor precisión y ya no se le puede subestimar, tal y como el Creador le ha hecho. Este descubrimiento metódico es debido a la probidad de los investigadores, de modo que los progresos del pensamiento y de la ciencia han de tender a ir

reduciendo las distancias que los separe, que, de lo contrario, entraña graves perjuicios para ambos.

»Os felicitamos por la preocupación de la exactitud y de paciente continuidad con que proseguís vuestros trabajos, para los que os alentamos en el porvenir.»

Descanse en Paz Pío XII, el Papa de la Cristiandad, nuestro docto consejero moral, que supo, desde su plano espiritual, ser tan humano, que pudo comprendernos y alentarlos en nuestra circunscrita misión médica: la odontoestomatología.

NOTICIAS

MODIFICACION DEL REGLAMENTO DEL C. S. I. C.

En el «Boletín Oficial del Estado» aparecen con amplitud las modificaciones que se han llevado a cabo en el Reglamento del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. («B. O. del E.» de 19-VII-1958.)

EL DOCTOR ALBERTO J. CERVERA, DE VALENCIA

Nos place comunicar a nuestros lectores que el reputado colega doctor Alberto J. Cervera, de avenida del Oeste, 29 (Valencia), ha trasladado su consulorio a Madrid, calle Vallehermoso, 32, en donde limitará su práctica al ejercicio exclusivo de la Ortodoncia. Será, pues, el primer odontólogo—al menos en nuestro conocimiento—que dedique su práctica a una sola de las especializaciones de la Odontología, lo que queremos subrayar para mayor satisfacción.

Al enviarle nuestro parabién lo hacemos en oportunidad de duplicarle nuestra enhorabuena por haber aumentado su familia con dos hijos gemelos, que fueron bautizados en la iglesia de San Vicente Ferrer, de la capital levantina.

UNA EXTRAÑA ENFERMEDAD

La U. P. I. da a conocer desde Argentina que una oscura y curiosa enfermedad ha causado ya cinco muertos en la localidad bonaerense de O'Higgins, 240 kilómetros al oeste de la capital federal. La extraña afcción se muestra inicialmente con las características de una fuerte gripe, luego los enfermos empiezan a desvariar y mueren con claros síntomas de locura. Los médicos consideran posible que se trate de una epidemia de encefalomiелitis equina o locura caballal, que puede transmitirse a los humanos.